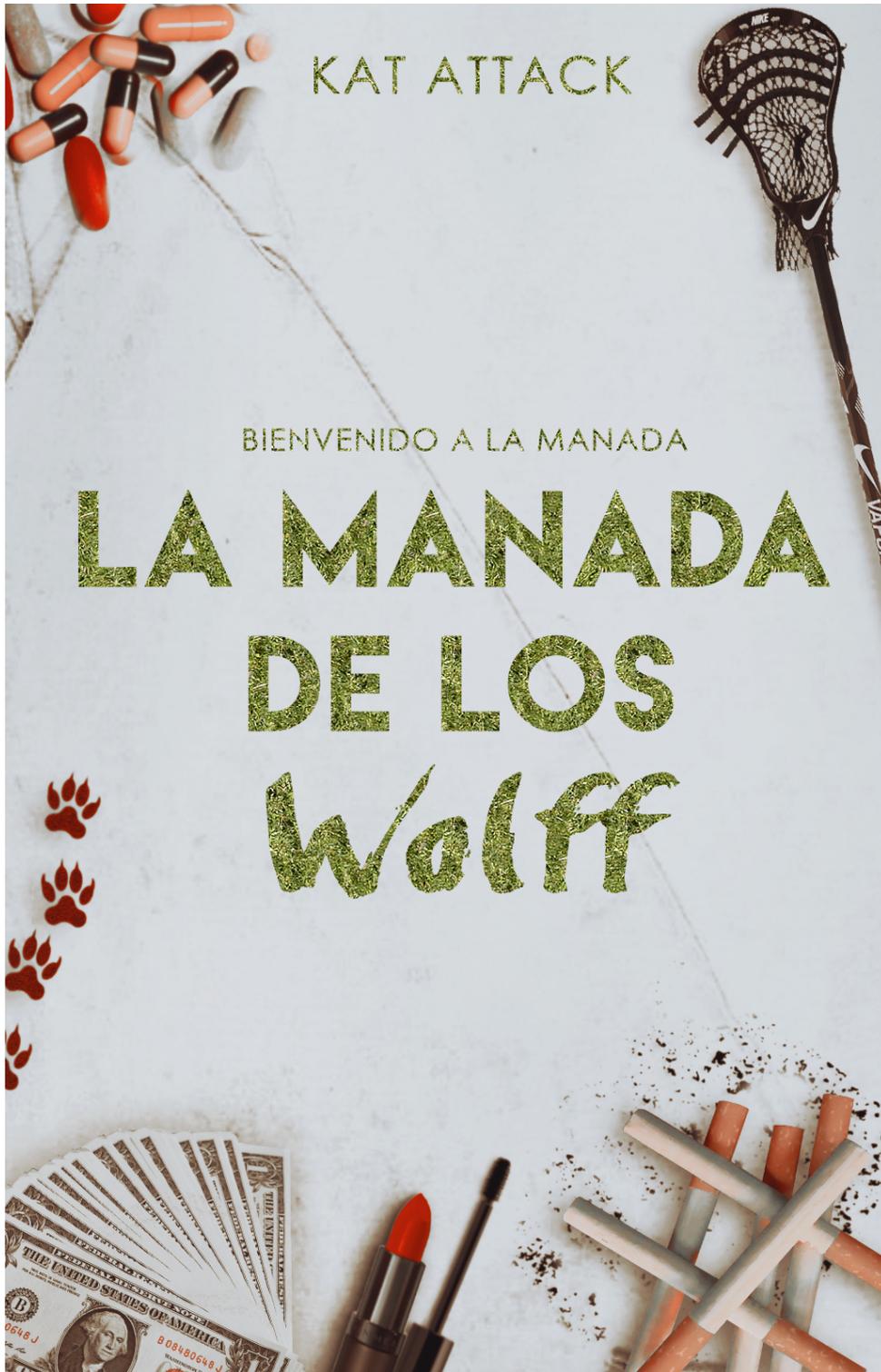


# La Manada de los Wolff

Kat Attack



# Capítulo 1



Hace tres años mi padre fue asesinado en un domingo por la noche. Yo tenía catorce años cuando unos hombres golpearon a nuestra puerta, entraron a la fuerza y pusieron una bala en el cráneo de mi padre.

Yo no había llorado. No me podía dar el lujo de llorar cuando había dos hombres en mi búsqueda. ¿Para matarme? Posiblemente. Pero no valía la pena salir de la duda. Tomé todo lo importante, el dinero que me había guardado mi padre y lo que cupiera en mi mochila, y me largué.

Desde ahí no he dejado de correr.

Nunca me quejé, no hasta el día en el que dinero se me fue yendo de las manos y empecé a tomar medidas riesgosas.

Todo se complicó con la llegada de un hombre. Muchos dirán que él fue mi salvación, pero la verdad es que sus hijos fueron los que arruinaron todo.

¿Quién depositaría su fe en una manada de síes lobos rebeldes, locos, mimados y la palabra peligroso tatuada en sus frentes?

¿Quién podría encariñarse con ellos y entregar su vida en sus manos? O peor, enamorarse de uno de ellos

Ah claro, yo. Por supuesto.

A veces pienso que el mayor error de mi vida fue a verme unido a su mandada. Pero a veces pienso que fue la mejor decisión que tomé.

Evalúenlo ustedes mismos.



—Otra vez no, joder.

Rebusco entre mis bolsillos internos lo que se supone que debería tener en ellos; Dinero.

Pero como al parecer el mundo está en mi contra desde hace tres años... lo último que me faltaba era perder lo único que me quedaba para sobrevivir en este mundo hostil, despiadado y jodidamente diabólico.

Miro al hombre regordete que está enfrente de mí, esperando a que le dé el efectivo de lo que tomé en la tienda; Una caja de cigarrillos, un zumo de piña y un nuevo cepillo de dientes.

¿Qué se supone que hace un chico de diecisiete años cuando no tiene para comprar una bendita caja de cigarros, un zumo y un cepillo de dientes?

Normalmente uno dejaría las cosas y se iría de ahí. Pero aparentemente yo fui tocado por el diablo y la mala suerte siempre me acompaña.

¿Dios, donde has estado todo este tiempo? Un poco de ayuda no me vendría mal...

Tomo una bocanada de aire y contemplo el partido de futbol que se está transmitiendo en la televisión que está a espaldas del hombre.

Una idea jugosa pasa por mi mente.

Bendito seas Señor Jesús , amén.

—¿Ese es Arsenal contra Manchester?—Pregunto al hombre haciéndolo girar hacia la televisión—¿Quién va ganando?

El hombre me contesta, o eso es lo que creo, porque en mi mente pasan un millón de pensamientos.

Iré al infierno por esto, ¿Qué clase de persona soy?, el hombre no parece sufrir económicamente. Es esto o trabajar en un prostíbulo, otra vez.

Con un suspiro hondo, mientras el hombre queda embobado en el partido, tomo la bolsa de plástico en donde están guardadas las cosas que compré. Y corro por mi vida.

Cuando me encuentro franqueando la puerta, el alarido del hombre me hace apretar el paso.

No me detengo hasta visualizar un autobús estacionado en la zona de

espera. Subo lo antes posible yendo a mi lugar.

Mi pecho sube de arriba abajo. Trato de recuperar el aire perdido escuchando el zumbido en mis oídos.

Una vez más lo hice. Una vez más sobrevivo.



El camino a mi hogar es un viaje de veinte minutos por lo que me acomodo apretando la bolsa de plástico en mi costado y mi mochila todavía atusada en mis hombros. Cuando la última parada llega, salgo de autobús a todo lo que da, y corro escuchando a mis espaldas al chofer llamarme. Me dirijo con el sol enfrente de mí hacia los condominios.

Me voy reprochando a mí mismo en el camino.

Pasar desapercibido. Esa es mi primera regla.

Pero como el chico más jodido que soy, la he olvidado en estos últimos meses, cuando lo único que me importa es tener algo que masticar en la boca.

Con impotencia llego a los condominios. El arrendatario está dormido sobre su silla, con la cabeza hacia atrás, roncando como si dependiera de ello. Lo cruzo dando leves pasos hasta llegar a las escaleras y hacer mi camino a mi pequeño dormitorio.

En unos día más terminaré en la calle sobreviviendo de los puestos de degustaciones de los supermercados. Si me viera mi padre...puede que ahora se esté revolcando sobre su tumba. Podría buscar trabajo, pero corro el riesgo que me descubran a pesar de mis identificaciones falsas.

Camino a paso lento, tomando las llaves de adentro de mi mochila. Las tintineo entonando una leve melodía con mis labios.

Sé que algo va mal cuando llego a mi puerta y no me es necesario introducir mi llave en la cerradura.

Ya me encuentro adentro de mis cuatro familiares paredes grises. Me reprocho al instante.

Mi segunda regla es esa. Estar siempre preparado.

Un silencio sepulcral inunda el ambiente, así que aprovecho en dar pasos calculados, observando mi catre, mi regadera que está en una esquina y

la mesita de noche improvisada.

No tardo en percatarme en una figura sedante en una esquina de mi dormitorio. Mi instinto no tarda en activarse buscando la navaja suiza que guardo en uno de los compartimientos de mi mochila.

—Eso es deprimente.

Una voz sutilmente arcana sale de los labios de aquella figura. No pasan ni dos segundos cuando la silueta toma un paso al frente, dejándome ver el rostro de un hombre.

No tendrá más de cincuenta años. Lleva un traje formal que hace juego con su corte recto. Su cabello está perfectamente recogido hacia atrás con acabado perfecto de gomina. A pesar de que mi habitación no está completamente a oscuras gracias a mi lámpara de noche, soy capaz de leer los ojos aceitunados del hombre.

—¿Usted quién es?—Encuentro mi voz apenas si apartando mis dientes.

El hombre elegante me mira solo unos segundos, estudiándome, como si lo que ve no es lo que había estado esperando.

Mi navaja sigue al aire cuando el hombre pronuncia las siguientes palabras.

—¿Eres Noah Jensen?

Un balde con agua helada cae sobre mi cuerpo, tensándome los músculos y sacudiéndome por las rodillas.

Joder, no. Hasta aquí llegué.

—¿Qué es lo que quiere? No soy ni conozco a ningún Noah Jensen.

Parece que se está burlando de mí cuando dice:

—¿Y qué me dices de Noah Markovic?

La saliva se me obstruye por mi garganta. La habitación empieza a moverse de lado desproporcional. Ya sabe que ha ganado cuando se percata de mi rostro lívido.

Me siento tonto empuñando una navaja, en lo que me respecta puede estar cargando una ametralladora si es posible.

Empiezo a estudiar la habitación, buscando una salida. La única está atrás de mí. La puerta me llama pero cuando escucho una pequeña risa saliendo

de los labios del hombre, todo mi cuerpo se congela.

—Si yo fuera tú me detendría—el hombre elegante decide por dar más pasos próximos. Cuando vuelvo a empuñar la navaja a su dirección, él alza sus manos mostrándose sereno—. Tranquilo Noah, no vengo a hacerte daño.

—¿Quién es usted?—Reitero aferrándome a mi arma inútil.

—Me llamo Gerald Wolff. Conocí a tu padre Nikolai Markovic. De hecho yo fui un buen amigo suyo. A decir verdad, su mejor amigo.

Quiero reírme en su cara. ¿Mejor amigo? Papá nunca tuvo tal cosa como un mejor amigo.

Mentira. Quiero gritarle, pero un pensamiento sacude mi cabeza. ¿Qué querría de mí el supuesto mejor amigo de mi padre?

—Felicidades—le espeto entre dientes—. Ahora, regrese de donde vino y no vuelva.

El hombre elegante, Gerald Wolff, alza una ceja a mi dirección.—¿No quieres saber porque estoy aquí?

Más bien quiero saber cómo me encontró...

—¿Qué es lo que quiere?—Pregunto entre dientes sopesando la idea de tirarme hacia él y noquearlo.

Mis planes caen poco a poco cuando una sonrisa sónica se vislumbra por su rostro.

—¿Te gustaría ser parte de la familia Wolff?

Gerald Wolff sonrío de extremo a extremo, mostrándose convencido de sus palabras.

¿Parte de su familia? ¿También quiere que me ponga un tutú y baile para él?

Lo miro como le estuviera empezando a crecer otra cabeza. Escéptico, confundido, mareado.

Antes de que sus elegantes palabras logren dominarme, guardo la navaja en mis bolsillos ganándome una ojeada aprobatoria por parte de él.

—Jodete—Escupo tan fuerte que la saliva sale de mis labios y salgo de la

habitación a modo veloz.

Me concentro en salir de los condominios y empezar otra vida en otra ciudad. Estos últimos tres años he estado viviendo por doce estados. A cualquier signo de peligro salgo corriendo sin esperar nada.

Y siempre, siempre sigo mi tercera regla. Nunca mirar atrás.

Pero esta vez, mientras corro por la acera del edificio, no me da tiempo de siquiera girarme a comprobar si estoy siendo perseguido o no, porque unas manos fuertes se aferran por el cuello de mi camiseta y me estampan contra la pared exterior de una fachada.

Un chico no más de mi edad con rostro perfilado y casi transparente, me muestra sus dientes perfectamente acomodados y resplandecientes—: ¡Dulce sueños princesa!

Antes de que pueda contestarle siento su puño estampándose contra mi rostro.

Luego veo manchas negras, y sé en ese momento que ahora ya me tienen.

Noah Jensen, eres un completo idiota.

## Capítulo 2



A veces la vida te tira piedras en vez de limones. Con las piedras no puedes hacer limonada.

Y yo estoy jodidamente harto de las piedras.

Me despierto con un dolor insoportable por la parte trasera de mi cabeza, y un malestar punzante en mi ojo izquierdo. Me retuerzo entre una mezcla de dolor y fatiga al pegar un salto sorpresivo sobre donde quien sabe esté sentado.

Primero escucho el sonido de un motor andante, luego una extraña voz que logro reconocer. Cuando mis ojos logran abrirse completamente, me encuentro con el hombre elegante sentado enfrente de mí. A pesar de que estoy en la línea de su visión, él no es el primero en notarme.

—¡Buenos días princesa!—Una voz llena de socarronería me hace saltar por segunda vez sobre mi lugar.

Aquel chico causante de mi dolor, se encuentra sentado con los brazos cruzados sobre su hombro. Logro percatarme de sus jeans raídos acompañados de una simple camiseta negra y un chaleco de mezclilla sobre él.

Tiene la mirada fija en mí y aquellos ojos verdosos no hacen nada más que perturbarme.

—Ya despertaste—El hombre elegante sonríe gentilmente a modo de disculpa.

Que se meta su disculpa en su trase...

No hago nada más que obsequiarle una mirada de muerte. Miro a mi alrededor comprobando que estoy en auto en movimiento, que

posiblemente vale más que mi patética vida.

—¿Van a matarme?—Pregunto de inmediato aguardando el momento de mi final.

Puede que me dejen tirado en algún terreno baldío o me entreguen a las personas que me buscan. Ninguna de las dos opciones me gusta.

—Ya te lo dije Noah, no vine a hacerte daño—Gerald Wolff aclara aunque el chico de la esquina deja soltar una risa sónica.

Como si le creyera su actuación después del golpe que recibí mi rostro. Alzo una ceja, molesto por sus palabras.—El dolor de mi ojo izquierdo dice otra cosa.

—Eso es algo que no debió de ocurrir—Mata con la mirada al chico pero este no se reprocha nada, en vez de eso se encoge de hombros mostrándose inocente.

—¿Qué querías que hiciera? Se iba a escapar.

El hombre gruñe en respuesta,— Hablaremos de eso después, ahora hay un asunto más importante que hay que discutir.

¿Mi muerte?

—Debes estar muy confundido— y molesto, pero no le digo nada—.Pero lo que te dije anteriormente es verdad. Yo fui amigo de tu padre.

—Mi padre nunca tuvo amigos.

—Nuestra relación era algo que no se debía saber, por el bien de mi familia y la suya—Gerald Wolff asiente comprensivo—. Siempre supimos que algún día él me tendría que ayudar y yo a él. Lamentablemente nunca logramos hacer algo. Pero ahora vengo a cobrárselo y a cobrármelo a mí. Tengo entendido que hay personas que te persiguen.

Bienvenido al siglo veintiuno. Hombres cuarentones persiguen a un joven en pleno desarrollo. Qué vida.

Un nudo se forma en mi garganta, mis uñas se clavan en la piel de los asientos y mi corazón bombea frenéticamente.

—¿No es así?—Empuja una vez más.

Cierro los ojos por un momento antes de contestarle:—Si, desde hace tres

años.

—Entonces me necesitas más de lo que pensaba—El hombre razona pareciendo sorprendido.

Mis hombros se tensan y mi mandíbula se aprieta del esfuerzo.—No necesito su ayuda.

—¿Ah no? Y dime ¿Qué vas hacer estos próximos días? ¿Seguir corriendo? ¿Robar a los dueños de almacenes? ¿Comerás desperdicios de la basura?

El rostro me crispa y hago todo lo posible para no sacar mi navaja, pero ahora que lo noto, no hay rastro de mi mochila.

—¿Qué gana con esto?—Le reclamo a su dirección—. El hombre con el que pactó ya está muerto. Si yo fuera usted viviría mi vida y aprovecharía todo lo que tiene.

Dinero, autos último modelo, prostitutas...

El chico que se había mantenido callado suelta un gruñido en mi dirección. Pero el hombre lo retiene poniendo una mano en su brazo.

—Créeme, tardé tres años en darme cuenta. Pero esto no es una muestra de caridad, Noah, esto es un te necesito. Tú me necesitas y yo a ti.

Lo estudio, tomándome el tiempo para diluir sus palabras. ¿Quién podría necesitarme a mí? Pero si dice que puede ayudarme...

—Hable.

Gerald Wolff sonrío victorioso.— Necesitas protección, yo te lo puedo dar. Aquellos hombres que te quieren nunca te podrán tener.

—¿Cómo está tan seguro?—Inquiero expectante.

—Soy un hombre poderoso, solo hace falta que me mires y te des cuenta.

Por supuesto que es notorio. Desde la punta de sus zapatos lustrosos hasta el único cabello fuera de lugar de su peinado.

—¿Qué quiere que haga por usted?

El hombre mira por un segundo al chico que aún se encuentra con los brazos cruzados y el ceño fruncido.— Ya te lo dije, quiero que seas parte de mi familia, Más que nada, que te hagas pasar por mi hijo.

Lo miro tres segundos, incrédulo.

—¿Tu hijo?

Definitivamente quiere que me ponga un tutú y le baile.

Miro al hombre de arriba abajo. No nos parecemos en nada. Él es alto y nervudo; Yo soy mediano de estatura y enclenque. Él es rubio castaño y de ojos aceitunados; Yo soy de cabello marrón y de ojos grises. Él se ve rico; Yo como si me hubiera pasado un tráiler por encima.

—Nadie podría comprarse eso—Alego.

—Podemos hacer que lo crean. Créeme, podrás hacerte pasar por mi hijo.

—¿Y qué pasa? ¿Su hijo se reveló contra usted y ahora no sabe a quién darle la otra parte de su fortuna?

—Fue secuestrado—Esta vez el chico de la esquina me espeta con amargura.

Alzo una ceja, mirando al hombre en busca de una explicación.

—Hace unos años secuestraron a mi hijo. Hace unos meses lo encontré, solo que ahora tiene dieciocho años y no desea volver conmigo—si está devastado por lo ocurrido no lo hace notar—. Un grupo lo secuestró y le lavaron el cerebro. El chico me odia y ahora es miembro de aquel grupo. Antes de que él decida salir a la prensa alegando que es mi hijo y que tome parte de mi fortuna, tengo que tomar cartas en el asunto.

—Así que quiere que yo sea su tapadera—Asiento comprendiendo todo.

—Exacto, mientras yo declare que eres mi hijo, mi fortuna y mi familia seguirán intactas.

Me muerdo el labio antes de preguntar:— ¿Qué pasa si me niego?

El chico de la esquina se levanta de momento de su lugar:—Pasa que terminarás muerto en alguna calle como vago.

Gerald Wolff aprieta su mano en el antebrazo del chico, tratando de controlarlo. ¿Quién tiene a un joven como matón? A lo mejor aparenta menos de lo que tiene.

—Por supuesto que habrá paga. Cuando sea el momento adecuado, podrás volver a desaparecer, con una cuenta en el banco y tus enemigos

dándote por extinto.

Su plan es interesante, no puedo negarlo. ¿Pero hacerme pasar por su hijo solo para que en cambio me dé su protección? Suena sencillo.

—De acuerdo—las palabras salen de mi boca antes de que las procese—¿Qué tengo que hacer?

Gerald Wolff me sonrío de oreja a oreja:—Ahora vendrás conmigo. Tu nuevo hogar te espera.



Tomamos el avión privado de Gerald para volar de Longview, Texas a Washington. Un viaje con suficiente tiempo para que él me contara sobre su empresa y sobre mi papel en mi nueva vida.

Así es como lo había llamado.

Mi nueva vida.

Gerald Wolff es un magnate dueño de una empresa proveedora de armas para las fuerzas armadas. En su oscuro pasado, proveía para las pandillas de Nueva York. Fue ahí donde conoció a mi papá, antes de que él y yo nos escapáramos a un pequeño pueblo al sur de la ciudad y en donde más tarde nos encontrarían y meterían una bala en mi padre.

Gerald no me cuenta mucho además de eso, se toma el vuelo para hacer llamadas telefónicas mientras su matón perverso se dirige a la parte de atrás del avión, dejándome cavilar solo, sumergido en mis pensamientos.

Era una mierda de vida la que tenía hace cinco segundos, y ahora me encuentro atragantándome de una hamburguesa que me trajo en una bandeja de plata el chef del avión.

Un chef.

Privado.

Cuando por fin aterrizamos en la pista en Seattle, Gerald me guía aparte a una camioneta polarizada y me embarca hacia donde ahora viviré que está a una hora de Seattle.

—Nadie debe saber aun de tu existencia, muy pronto haré un comunicado en los medios. Por ahora eres un secreto.

Le miro indeciso, pero me subo de todas formas y dejo que me lleven. Hago un plan en mi mente, en memorizar la ruta que tomará el auto hasta llegar a la ciudad de Olympia, pero a los segundos que toco los asientos acolchonados no hago nada más que echarme a dormir.

No debería estar confiando tanto en él. ¿Pero que me queda? Aquel chico tenía razón en algo, iba a terminar muerto en una calle, abandonado.

Cuando abro los ojos la camioneta se detiene en una zona rodeada de pinos altos. Doy un respingo aferrándome a mi mochila, que tuvieron la decencia de regresarme con mis pertenencias. El chofer del auto me abre la puerta, y su escepticismo solo acalora más mis nervios.

—Ya llegamos, joven.

Trago gordo, pero hago el esfuerzo de sacar mi cuerpo del auto y presenciar la construcción que se alza sobre mí.

Aquello debe ser la calle más lujosa que he visto. Las casas que conforman los condominios residenciales tienen un tramo de separación del tamaño de una sola calle. La residencia que tengo enfrente de mí me cripa los nervios y me hace temblar por unos segundos.

Miro al chofer con duda, él no hace nada más que girarse y dejarme plantado en lo que es el porche de la casa.

Esto está tan mal, pero ¿Qué puede ser tan peor?

Hace un año fui contratado en un prostíbulo sin que me diera cuenta. Cosas que te suceden cuando estas desesperado.

Corrijo mi compostura e inhalo aire listo para comenzar de nuevo.

Pero antes de que pueda pisar el tapete de bienvenida, el sonido de un disparo sale volando por los aires.

Y yo ya me encuentro tirado sobre el piso.